

## **Domingo 17 del Tiempo Ordinario (A)**

### **PRIMERA LECTURA**

*Pediste discernimiento*

#### **Lectura del primer libro de los Reyes 3, 5. 7-12**

En aquellos días, el Señor se apareció en sueños a Salomón y le dijo: -«Pídeme lo que quieras.» Respondió Salomón: -«Señor, Dios mío, tú has hecho que tu siervo suceda a David, mi padre, en el trono, aunque yo soy un muchacho y no sé desenvolverme. Tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable, innumerable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues, ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?» Al Señor le agradó que Salomón hubiera pedido aquello, y Dios le dijo: -«Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga ni riquezas ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumplo tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente, como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti.»

**Sal 118, 57 y 72. 76-77. 127-128. 129-130 R.** *¡Cuánto amo tu voluntad, Señor!*

### **SEGUNDA LECTURA**

*Nos predestinó a ser imagen de su Hijo*

#### **Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 28-30**

Hermanos: Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

### **EVANGELIO**

*Vende todo lo que tiene y compra el campo*

#### **Lectura del santo evangelio según san Mateo 13, 44-52**

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: -«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra. El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno encendido. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. ¿Entendéis bien todo esto?» Ellos le contestaron: -«Sí.» Él les dijo: -«Ya veis, un escriba que entiende del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo.»

### **Cristo, tesoro escondido y sabiduría del amor**

El poder (político, social, militar...) sin sabiduría práctica (sin prudencia, sin capacidad de discernir el bien del mal) es temible, porque no conoce límites, ni físicos ni morales, para conseguir sus objetivos. La riqueza sin sabiduría conduce a la ruina, frecuentemente a la económica, siempre a la moral. La fama o el éxito social sin sabiduría conducen las más de las veces a hacer el ridículo en público y a gran escala.

La sabiduría práctica que discierne el bien del mal es un bien superior, el más necesario para la vida. Y Salomón, consciente de la tarea inmensa y difícil que tiene por delante, le pide a Dios que se la conceda. En realidad, cualquiera de nosotros tiene el derecho y la necesidad de pedirla, porque cualquiera que sea nuestra posición en esta vida, sabemos que vivir es siempre una tarea difícil, erizada de dificultades, que requiere sobre todo esa capacidad de discernimiento, junto con la voluntad de realizar lo que descubrimos como correcto.

Si tenemos la fortuna de alcanzar esa sabiduría práctica, se cumple en nosotros lo que dice Pablo en la carta a los Romanos: incluso las situaciones difíciles y dolorosas nos sirven para el bien, pues también de lo negativo somos capaces de aprender, sacar algún provecho y, en definitiva, crecer como personas. Es verdad que Pablo no habla de “sabiduría”, sino del amor a Dios. Pero es que este amor es la forma suprema de sabiduría, porque supone abrirse y vincularse con la fuente de la vida y del bien. El que ama a Dios abre los ojos para el bien supremo, que está además presente

en todo porque todo es creación de Dios. Todas las criaturas, de un modo u otro, están “contagiadas” del Bien que es Dios mismo.

Dar con este amor, con el que Dios nos ama, y con el que nos relacionamos con Dios, con los demás (cf. Mt 22, 37-40) y con todo lo creado, es dar con el valor supremo de la vida, con el tesoro escondido del que Jesús nos habla en el evangelio de hoy.

Se trata de un tesoro *escondido*, es decir, no evidente ni inmediatamente visible. Dar con él es una gran suerte: “llena” de alegría, hasta los bordes, plenifica; es un verdadero regalo o, dicho en lenguaje religioso, una gracia, un don gratuito otorgado por Dios. Pero su obtención conlleva, no obstante, una actitud activa por parte del afortunado, que tiene que buscar, tal vez cavar y volver a enterrar, vender *todo* lo que tiene y comprar el campo. Los dones de Dios no anulan nuestra libertad, sino que estimulan nuestra responsabilidad. Así sucede ya con los dones naturales, como nuestras capacidades y talentos, que hemos recibido son mérito nuestro, pero que nosotros debemos cultivar, desarrollar y aplicar para que den fruto. Esa responsabilidad se subraya especialmente en la siguiente parábola, que no compara el Reino de Dios con la perla de gran valor, sino con el comerciante que la encuentra.

El don de la sabiduría del amor, capaz de discernir el bien del mal, implica que, una vez que hemos recibido esta gracia, nosotros mismos nos hacemos responsables de nuestra calidad moral. Es verdad que sin la gracia no podemos hacer nada, pero también lo es que con ella podemos (y esto ya depende de nosotros) actuar bien o mal, amar u odiar, vivir en espíritu de servicio o de modo egoísta... Es decir, de nosotros depende el convertirnos en peces buenos o malos, peces que nadan por el mismo mar y caen en la misma red.

El tesoro escondido es Jesucristo: él es la presencia verdadera de Dios en nuestro mundo, escondida en la humanidad de Jesús. Y esa humanidad suya es el campo que debemos comprar y por el que debemos vender todo (es decir, posponer todo otro interés y valor). Esa humanidad de Jesús, el campo que esconde el tesoro de su divinidad, se prolonga en la comunidad de sus discípulos, en su Iglesia, Cuerpo de Cristo. Jesús no nos indica si el campo que encerraba el tesoro era un jardín de flores o un erial de cardos (tendría de lo uno y de lo otro). El aspecto exterior evidentemente juega un papel, y por eso los creyentes debemos esforzarnos en hacer del campo de la Iglesia un lugar atractivo y confortable. Pero su gran valor depende del tesoro que encierra, y hacer del campo un jardín acogedor significa que nosotros debemos tratar de hacer visible el tesoro, a Jesucristo, viviendo las bienaventuranzas y el mandamiento del amor.

La sabiduría del amor que procede de la fe, y que debemos pedir constantemente, nos ayuda a discernir, a descubrir y a aceptar el enorme valor contenido en este campo, a Jesucristo, y con él, como el escriba del Reino de los cielos, aprendemos lo nuevo y lo antiguo, los pasos adelante que tenemos que dar, y los valores permanentes que debemos conservar.